



Proceso de urbanización y agentes urbanos en Pereira, Colombia

Desigualdad social, fragmentación espacial y conflicto ambiental, 1990-2012

Jorge Andrés Rivera Pabón

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

PROCESO DE URBANIZACIÓN Y AGENTES URBANOS EN PEREIRA, COLOMBIA

Desigualdad social, fragmentación espacial y conflicto ambiental,
1990-2012.

Tesis Doctoral presentada por:
JORGE ANDRÉS RIVERA PABÓN

Doctorado en Geografía, Planificación Territorial y Gestión Ambiental

Directores: Dr. Horacio Capel Sáez

Dr. Isabel Pujadas Rúbies

Universidad de Barcelona

30 Septiembre de 2013

Capítulo 11.

PERÍODO DE LA VIOLENCIA Y MIGRACIÓN CAMPO-CIUDAD 1950-1970

Aunque la historia de Colombia ha estado atravesada por diferentes conflictos armados internos y guerras civiles desde el inicio del período independiente o republicano, hay una etapa particular a mediados del siglo XX que debido a su intensidad, expansión e impacto social se ha definido como “la violencia”. En esta época aciaga se instauró un régimen de terror contra el campesinado que provocó una re-estructuración del poblamiento o distribución espacial de la población colombiana.

Así pues, entre las reiterativas explicaciones de la historia oficial se ha identificado como principal causa de este lúgubre período, las discrepancias ideológicas e irreconciliables “visiones de país” entre los dos partidos políticos tradicionales, no obstante, lo que orquestó esta guerra en apariencia “política” fue el objetivo de mantener el statu quo atávico y semi-feudal que caracterizaba a la oligarquía en el poder, ante el desafío que supuso el avance popular de la colonización agraria sobre vastos territorios y su encuentro con un producto de exportación, que llevó a este campesinado ascendente a hacer parte del entramado de la circulación y acumulación del capital global por efecto de su incorporación en las fuerzas gravitatorias del mercado mundial de materias primas.

Teniendo en cuenta este escenario histórico, en el desarrollo del presente capítulo se analiza desde una perspectiva dialéctica, la relación entre el despojo territorial del que fue objeto el campesinado regional y sus efectos en los procesos migratorios hacia la ciudad de Pereira, con el consecuente crecimiento urbano. Al mismo tiempo, la introducción de nuevos enfoques empresariales y agronómicos a la producción cafetera en el marco de las políticas nacionales de modernización agraria, sustentadas en el paradigma de la revolución verde, generó mayor presión sobre los pequeños productores campesinos, con lo cual se acrecentó la avalancha migratoria hacia el área urbana.

Junto a lo anterior, y aunado a una nueva etapa de industrialización con inversión multinacional, se genera en la ciudad una ampliación de la diferenciación socio-espacial, determinada por la gran brecha entre los desposeídos del campo, ahora refugiados en barrios populares, y los agro-empresarios e industriales ubicados en modernas áreas residenciales.

1. DESPOJO AGRARIO Y PROCESO DE URBANIZACIÓN DE PEREIRA.

Con la consolidación del negocio agro-exportador cafetero y el interés de la élite nacional por dominar la próspera actividad económica establecida por el campesinado colonizador desde la etapa del librecambismo, se empieza a utilizar como arma de despojo el uso sistemático de la violencia. De esta forma, la intensidad del éxodo rural que producen los deleznable asesinatos selectivos, las masacres, la extorsión o la persecución política en la región, hace que se convierta este aspecto en el principal motor de la acelerada urbanización.

Justamente, para interpretar la relación entre la violencia, el desplazamiento de población rural de las áreas conquistadas por la colonización de baldíos desde la segunda mitad del siglo XIX y el crecimiento urbano de Pereira, es menester plantear una serie de explicaciones sobre este intervalo de la historia política y económica de Colombia.

En primer lugar, al imponerse a nivel institucional el eufemismo de “violencia política” en vez del proceso real de guerra civil provocada por la oligarquía en el poder, se encubre su propósito como clase social para controlar la economía y el territorio que genera las mayores ganancias en la época. Es así como eluden su entera responsabilidad, acusando a los colectivos campesinos organizados de la espiral de violencia iniciada en el campo colombiano, o a la “explosión demográfica” de ser los generadores de la urbanización¹.

En segundo término, a nivel cronológico se presenta como fase detonante de la tensión y crispación generalizada, el clima hostil entre los partidos políticos tradicionales para la campaña presidencial de 1946, siendo derrotados los liberales después de un período en el poder de quince años. Sobresale entonces el llamamiento al odio partidista, exaltando un fanatismo ideológico que alcanzó el paroxismo con el supuesto dominio de los conservadores sobre sus opositores, lo que a la postre desembocó en diversas manifestaciones de violencia.

Un ejemplo de esta situación en el centro-occidente colombiano o zona cafetera, es enunciada por los pioneros del análisis de la violencia en el país, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos en su libro *La Violencia en Colombia* (2010, 47):

“En el occidente de Caldas se decomisa gran cantidad de armas y aparecen en Santuario y Belalcázar los primeros grupos de violentos, que posteriormente se llamarían “pájaros”, organizados por un alto y prestigioso jefe político. Estos con sus incursiones produjeron el destierro de elementos liberales de las poblaciones para extender luego su acción predatoria sobre el área rural, causando numerosas víctimas y alterando así la composición política de provincias enteras”.

De esta forma, crece así el caos sin que se tomen las medidas suficientes y acertadas para frenar la violencia, presentándose un asedio permanente sobre los campesinos, con mensajes sobre la inminente persecución y exterminio del que van a ser objeto. Verbigracia de este momento y del llamado a la confrontación frente a la arremetida de los contradictores, es la siguiente afirmación enunciada por Orlando Fals Borda, et al. (2010, 53, 54):

“Simultáneamente gravita sobre los campesinos un asediante clima de engaño y conspiración, que preludia su propia tragedia. Derrocar el gobierno, prevenir la retaliación inevitable, vindicar la sangre derramada en la Cámara de Representantes, recabar las libertades yuguladas, tutelar la democracia, paralizar el país, todo se alega con creciente pasión. En el campo opuesto se habla de sostener el gobierno, salvar la patria, unir voluntades, reorganizar la fuerza armada, crear cuadros de total confianza, diezmar al enemigo, asegurar futuras mayorías electorales. Era necesario avivar el fanatismo ignaro de la masa, insuflar su mística de lucha, comprometerla en “gloriosas” jornadas. ¡explotarla!”.

Esto indica como se instaló en el colectivo social un mensaje e idea obsesiva de utilizar el crimen y la violencia como forma de defensa ante la oposición política. Para ello, se afianzó una estructura liderada y articulada por caciques políticos que intervenían a control remoto desde las ciudades a los líderes campesinos sublevados y a las personas a su cargo, pero que nunca lucharon, o sea, que utilizaron a los campesinos para unos fines políticos y económicos que no eran los suyos.

En resumen, la tensión popular desembocó en la lucha armada. El campesino fue arrastrado a ella, obligado, coaccionado, y del otro lado, los líderes que incitaron y que gestaron esta lucha, no afrontaron las consecuencias de sus actos. Así pues, lo que hicieron los prohombres y patriarcas liberales que enfilaban discursos enardecidos y vituperaban contra el gobierno del conservador Mariano Ospina Pérez fue recluirse en sus casas, dedicarse a sus ocupaciones, ser “moderados”, utilizar las buenas maneras, la cabeza fría, los amistosos acercamientos y los respetuosos memoriales².

Mientras tanto, el gobierno conservador de 1948-1953, excluyó violentamente al partido liberal del escenario político y utilizó a la policía en la campaña de persecución contra éstos, campaña innegablemente pensada y planeada desde las altas esferas del gobierno. Como respuesta, el partido liberal declara la resistencia civil, lo que se tradujo en acción de grupos armados³.

La agudización de la persecución por parte del gobierno a las personas que no compartían sus ideas políticas, tuvo como prueba testimonial en las áreas rurales de la zona cafetera, la ocurrencia de diversas confrontaciones violentas y execrables crímenes. Para el caso de esta región, se presentan en el cuadro 11.1, algunas de las características y manifestaciones del período de la violencia; su espacialidad, móviles, mecanismos y agentes participantes en los departamentos de Tolima, Valle y Caldas, donde se vivió con crudeza esta etapa de guerra contra el campesinado y los procesos migratorios campo-ciudad.

Cuadro 11.1. El período de la “Violencia” en el centro-occidente de Colombia.

Caldas y Valle	Tolima
<p>En la zona occidental con Caldas y Valle se desarrolló una violencia citadina, motorizada, cumplida por sicarios y de finalidad marcadamente económica con pretexto de móviles políticos.</p>	<p>La etiología del conflicto en el Tolima nos induce a considerar causas remotas que el observador no puede predeterminar, y que son:</p>
<p>En Caldas se desató alrededor de la exportación del café, bajo la égida de tres jefes en el occidente: Roberto González, el Sargento García y “Venganza”, con centro de operaciones en Quinchía, pero con presencia en casi todos los municipios de la región⁴.</p>	<p>La pugna suscitada por la migración antioqueña, con casos de sangre en algunas comarcas entre colonos y comuneros. “La única revolución efectiva en el campo social y económico de república y el espíritu avasallador de los recién llegados plenos de empuje y aventurismo necesariamente debían chocar con la manera pasiva de algunos elementos que encarnaban la estática del hombre tolimense.</p>
<p>El sino de Caldas en cuanto a la violencia ha sido paradójico, porque es el departamento colombiano que goza, aparentemente, del más alto nivel de vida. Allí, según los sociólogos, se ha desarrollado una verdadera clase media rural que tuvo su origen en las inmigraciones de antioqueños al Quindío desde mediados del siglo XIX. Una mentalidad especial de empresa con un sentido de independencia ha hecho de Caldas una región próspera. Pero quizás su riqueza, como se dice más adelante, sea la causa de su desgracia.</p>	<p>A ello, contribuirá el prurito latifundista que predominaba en la tenencia de la tierra dentro del área de su llano. No debe olvidarse la manera de ejecutar el trabajo lenta en el hombre raizal, y nerviosa, rápida, incontenible en el “paisa”, que llegaba acosado por el hambre y la pobreza.</p>
<p>Los explotadores del café, en su mayoría minifundistas, han debido sufrir el impacto de la confusión causada por el robo y el ansia de tierras. Sus fértiles montañas se han visto así manchadas de sangre, y sus habitantes no han podido resolver el problema económico que les lleva a la violencia.</p>	<p>Existían, además tierras de nadie o semi-baldías sin nítida titulación que permitieron al foráneo caballero del hacha y la barbera descuajar montañas mientras llegaba la tardía solución a los pleitos.</p>
<p>En el Valle del Cauca ha ocurrido un peculiar fenómeno: la violencia es amorfa y difusa, no se ha concentrado en jefes, y por lo mismo ha sido más difícil de determinar y combatir. Allí, literalmente, la violencia está en el aire, en el ambiente urbano y rural. Fue ésta la región predilecta de las incursiones del famoso jefe de los “pájaros”, “El Cóndor” León María Lozano, y de los bandoleros como “El Vampiro” y “Lamparilla” que actuaron en El Dovio y otras secciones.</p>	<p>La política seguida por algunos terratenientes de la llanura tolimense con sus arrendatarios, al someterlos a implacable desahucio con incendios de ranchos. La exaltación política de la gente, labor de muchos años cumplida a cabalidad por los políticos de turno.</p>
<p>Por lo menos 24 municipios de los 40 sufrieron el impacto directo del proceso, entre ellos se destacan por la cercanía a Pereira, es decir, por hacer parte de su radio de acción subregional: Alcalá, Ansermanuevo, Cartago, Caicedonia, Sevilla, entre otros.</p>	<p>La alegre irresponsabilidad con que algunos elementos directivos lanzaron a la lucha a un pueblo cuyas reacciones jamás tuvieron en cuenta.</p>
<p>Siendo una de las regiones más ricas de Colombia, el Valle presenta la característica nacional muy pronunciada de combinar el latifundio que ocupa las mejores extensiones, con el minifundio concentrado en áreas reducidas localizadas en regiones quebradas y montes. La industria de la caña ha adquirido importancia con algunos grandes ingenios.</p>	<p>La actuación parcializada de las autoridades y la acción punitiva e indiscriminada de las tropas.</p>
	<p>A estas causas generales se entrelazan modalidades propias de los diversos municipios, que agravan la crisis y la extienden por casi todas las veredas del departamento. En efecto, los campesinos traducen la intensidad cruel de la contienda con la palabra guerra. No hablan de violencia, sino de la primera guerra y la segunda guerra, o sea, cronológicamente, de 1949 a 1953 y 1954 a 1956.</p>
	<p>El campesino ignora por qué se le envuelve en la lucha, por qué lo persiguen, lo asesinan, le queman el rancho y profanan su hogar. Sólo parece que la acción bélica sobre el pueblo tolimense obedeció a una sangrienta consigna: ¡Diezmarlo!.</p>

Fuente: Borda F. O., et. al. 2010. P. 63-66; 147-149.

En consecuencia, este fenómeno de violencia de carácter regional acaecido en un momento de gran rentabilidad del café debido a los altos precios en el mercado mundial y la fuerte demanda internacional, está coligado a la apropiación o acumulación hacendataria de tierras a través del asedio y expulsión de los campesinos de sus minifundios o fincas familiares. De hecho, no es efecto del azar que el país estuviera conducido durante estos años por un grupo de terratenientes, adalides del poder señorial, los cuales controlaban la comercialización del agro-negocio para beneficio de su clase social y de empresas multinacionales del sector de alimentos, desde el entramado institucional coordinado por la Federación Nacional de Cafeteros y el Fondo Nacional del Café⁵.

Sobre estos dos aspectos, se enuncia la explicación proferida por el reconocido investigador social colombiano Julio Silva Colmenares, en su obra *Los verdaderos dueños del país. Oligarquía y monopolios en Colombia* (1977; 232, 235):

“El fenómeno observado durante los últimos lustros es de consolidación de la gran propiedad terrateniente y las haciendas medianas y grandes, afianzándose su coexistencia y la interrelación de las formas de explotación que las caracteriza; así por ejemplo, la hacienda, representante del capitalismo acepta el trabajo asalariado o el arrendamiento en dinero de la tierra. Unos y otros se apoyan mutuamente para expropiar y explotar a los campesinos pobres. De otro lado no podemos suponer a los señores de la tierra aislados del resto de la economía. De esta clase se ha nutrido la burguesía y buena parte de la oligarquía financiera mantiene vinculaciones con la propiedad territorial”.

“En el caso del café, el manejo monopolista se da en la compra del grano, la trilla y la comercialización. Cuando analizamos la industria de alimentos vimos que la Federación de Cafeteros y 4 ó 5 exportadores acaparan las tres cuartas partes de la compra y procesamiento del principal cultivo del país. Asimismo, a nivel mundial el negocio del café corresponde a un sólido monopolio. Nestlé, de Suiza, la General Foods, perteneciente al grupo estadounidense Lehman-Goldman-Sachs, amparado por los Rockefeller, y Procter and Gamble, vinculada a Lehman-Goldman-Sachs pero controlada por el grupo Morgan, manejan cerca de las 2/3 partes del comercio mundial del café, y solo una de ellas, a la estadounidense General Foods, compra la quinta parte de la exportación colombiana”.

Cabe reiterar que en medio de la redefinición del papel de los diferentes actores en el proceso de monopolización del negocio cafetero, la violencia es utilizada como estrategia para instaurar un nuevo modelo de desarrollo territorial y productivo que permitiera el paso del sistema parcelario del pequeño productor al agroindustrial latifundista. De ahí que se produzcan desplazamientos masivos de población a nivel interregional, refugiándose familias completas de campesinos en los centros poblados de los caseríos y corregimientos rurales más próximos a su lugar de origen, o emigrando a Pereira como ciudad capital provincial, en búsqueda de mayor seguridad.

Al mismo tiempo, llama la atención cómo los principales municipios agrícolas de la región, estando cerca de treinta entre los más prósperos del país, pierden sin embargo 100.000 habitantes entre 1951 y 1973, constatándose un aumento importante en la producción del grano pero con una disminución sostenida de los cultivadores campesinos. Es de esta forma como se comprueba la correlación entre la máxima riqueza agrícola apropiada por las élites regionales y la marcha rural o despojo agrario ocasionada por la violencia⁶.

Ciertamente, el éxodo de campesinos termina en la periferia de la ciudad, donde a pesar de los intentos de modernización, la capacidad de demanda o requerimientos de personal en las nuevas actividades productivas es muy inferior a la envergadura de la diáspora que se recepciona, con lo cual, la población rural económicamente activa pasa de su tradicional actividad agrícola a nutrir las estadísticas de desempleo, subempleo y marginación en el poblado urbano.

Para el caso de Pereira, las cifras censales de 1951 a 1973 dan cuenta de un estancamiento y reducción de la población rural (con bajo crecimiento entre 1951-1964 y disminución absoluta para el período 1964-1973) y un crecimiento urbano notable en el peor momento de la violencia, con un aumento poblacional anual del orden de 50 habitantes por cada mil para el período intercensal 1951-1964, tal como se puede verificar en el cuadro 11.2.

Cuadro 11.2. Pereira. Tasa de crecimiento intercensal 1951-1973.

	Población			Tasa de crecimiento intercensal	
	1951	1964	1973	1951-1964	1964-1973
Total	115.342	188.365	226.877	37,21	20,05
Urbana	76.262	147.487	186.776	50,03	25,45
Rural	39.080	40.878	40.101	3,41	-2,07

Fuente: Elaboración propia con base en censos de población 1938 y 1951.

Por otra parte, vale la pena anotar como en la región centro-occidental se despliega durante estos dos decenios un desarrollo ascendente de la superficie sembrada con el sistema de cultivo tecnificado de café caturra, principalmente en haciendas de más de 20 hectáreas (Cuadro 11.3).

Cuadro 11.3. Cultivo cafetero en la región centro-occidente de Colombia. 1955-1970.

Departamento	Superficie cafetera (hectáreas)		
	1951	1970	Aumento
Antiguo Caldas	187.000	212.000	25.000
Tolima	116.000	136.000	20.000
Valle del Cauca	94.000	127.000	33.000

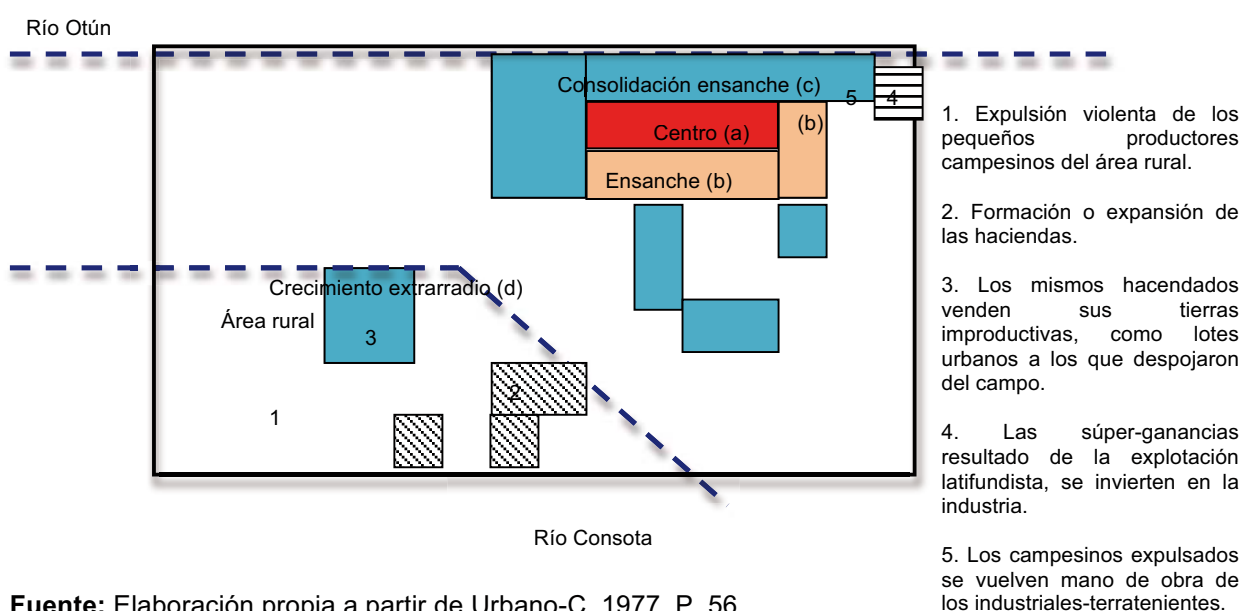
Fuente: Urbano C. 1977. P. 48.

La información anterior permite comprobar de manera fehaciente, como en los departamentos de la región donde se presentó con gran intensidad la violencia “política”, creció en el lapso de quince años el área dedicada al monocultivo agro-empresarial del café (en 48.000 hectáreas), y paralelamente, salían expulsadas miles de personas de las zonas rurales⁷, fenómeno que en el municipio de Pereira se vio reflejado en una baja tasa de crecimiento de población rural entre 1951 a 1964, del orden anual de 3,41 habitantes por cada mil, y un decrecimiento de -2,07 por cada mil en el período intercensal 1964-1973.

Este período representa un caso típico de la relación dialéctica entre el éxodo rural y el crecimiento urbano. Las cifras estadísticas demuestran con elocuencia que durante “los años de la violencia” contra el campesinado y la ampliación de la agroindustria cafetera, se desencadenó la irrupción masiva y conflictiva de estos despojados en el área urbana, recargándose el centro, cerrando un anillo perimetral de ensanche popular y produciendo el primer gran crecimiento extrarradio, configurando una ciudad desbordada por la exclusión socio-espacial y la incapacidad de responder a la avalancha campesina.

Por tanto, paradójicamente mientras se desencadenaba la ampliación de la producción cafetera en las décadas de 1950 y 1960, con un porcentaje importante de las ganancias económicas concentradas por la burguesía agro-comercial, en la ciudad de Pereira se duplicaba la población urbana e incorporaba más allá de su área céntrica original (a), del ensanche inicial (b) o de su espacio de consolidación (c), un polo urbano satelital –crecimiento extrarradio (d)- de recepción de migrantes campesinos llegados por el despojo agrario y la razón esencial de salvar la vida ante la intimidación y el terror desatados en las zonas rurales (Figura 11.1).

Figura 11.1. Proceso de urbanización de Pereira. Período de la Violencia, 1950-1970.



En efecto, la figura 11.1 muestra un esquema que sintetiza las relaciones de agentes, actores, procesos e intereses que convergen en la producción social del territorio rural y urbano de Pereira durante la época de la violencia y la álgida dinámica migratoria campo-ciudad, en la cual se estima para el período intercensal 1951-1964 la llegada anual de 6.872 personas al municipio⁸. De este modo, en el contexto de la guerra contra el avance de la colonización agraria y sus recursos, se gestó la configuración de una ciudad receptora de refugiados, produciendo fructíferos dividendos económicos a los agro-comerciantes y latifundistas, al poder vender también sus terrenos urbanos o periféricos menos valorizados e improductivos a los mismos campesinos recién desplazados de las áreas rurales.

Básicamente, a partir de la explicación formulada por el grupo de investigación Urbano Campo, en su texto *La urbanización en Colombia* (1977; 55, 56), se reitera como durante el desarrollo del proyecto oligárquico de usurpación de tierras campesinas rurales y monopolización de terrenos en las áreas urbanas, se logra consolidar un negocio territorial altamente rentable, en el cual los que poseen, ganan siempre, y en cada etapa del proceso:

(1) En el campo, a través de las grandes haciendas. (2) En la ciudad, con todo lo que gira en torno a la necesidad de un techo, empezando con la especulación sobre los predios urbanos y luego con la misma vivienda, más tarde vendrán los contratos...(3) En la ciudad también, con la industria manufacturera y una abundante mano de obra de pocas exigencias”.

La conclusión general de este período es evidente; la guerra agraria pero con pretexto político que padeció el país entre las décadas del cuarenta al sesenta, impacta en forma aguda a las zonas potencialmente más ricas en cuanto a su producción cafetera de exportación⁹. El proceso de urbanización de Pereira durante estos años se circunscribe así en la matriz interpretativa del conflicto bélico y su relación con el modelo de desarrollo dependiente liderado por el Estado colombiano y auspiciado por los programas de cooperación o apoyo internacional en el contexto de la guerra fría; tal como lo expone con precisión Jacques Aprile-Gnisset en su obra *La ciudad colombiana* (1992, 554):

“Fue un proceso forzado y no “natural”, si se puede decir, un movimiento impuesto a la brava”; opero por medio de una guerra campesina de clases, una auténtica guerra agraria; este período es el que va de 1947 hasta 1965 y que se llama con el calificativo muy confuso de “la violencia”. Al fin y al cabo no es más ni menos que una guerra aguda de clases en el campo, insertada a nivel mundial en la llamada “guerra fría”, o sea una manifestación local de esta gran batalla entre capitalismo y comunismo. Ambos fenómenos se articulan y van paralelos, cronológicamente hablando. Violencia local y guerra fría mundial se inician con Mariano Ospina Pérez y Harry Truman, y retroceden con Alberto Lleras Camargo y John F. Kennedy. Así que una vez más, es preciso relacionarlas con el movimiento mundial, hilarlas con determinadas políticas internacionales y continentales”.

Finalmente, reconociendo los efectos territoriales de las políticas estatales y los acuerdos internacionales, se presenta a continuación el análisis de la implementación de una tercera fase de industrialización en Pereira caracterizada por la inversión de capitales y empresas extranjeras ubicadas en la ciudad, además de la continuidad del proceso agroindustrial cafetero.

2. DEPENDENCIA: INDUSTRIALIZACIÓN CON INVERSIÓN MULTINACIONAL.

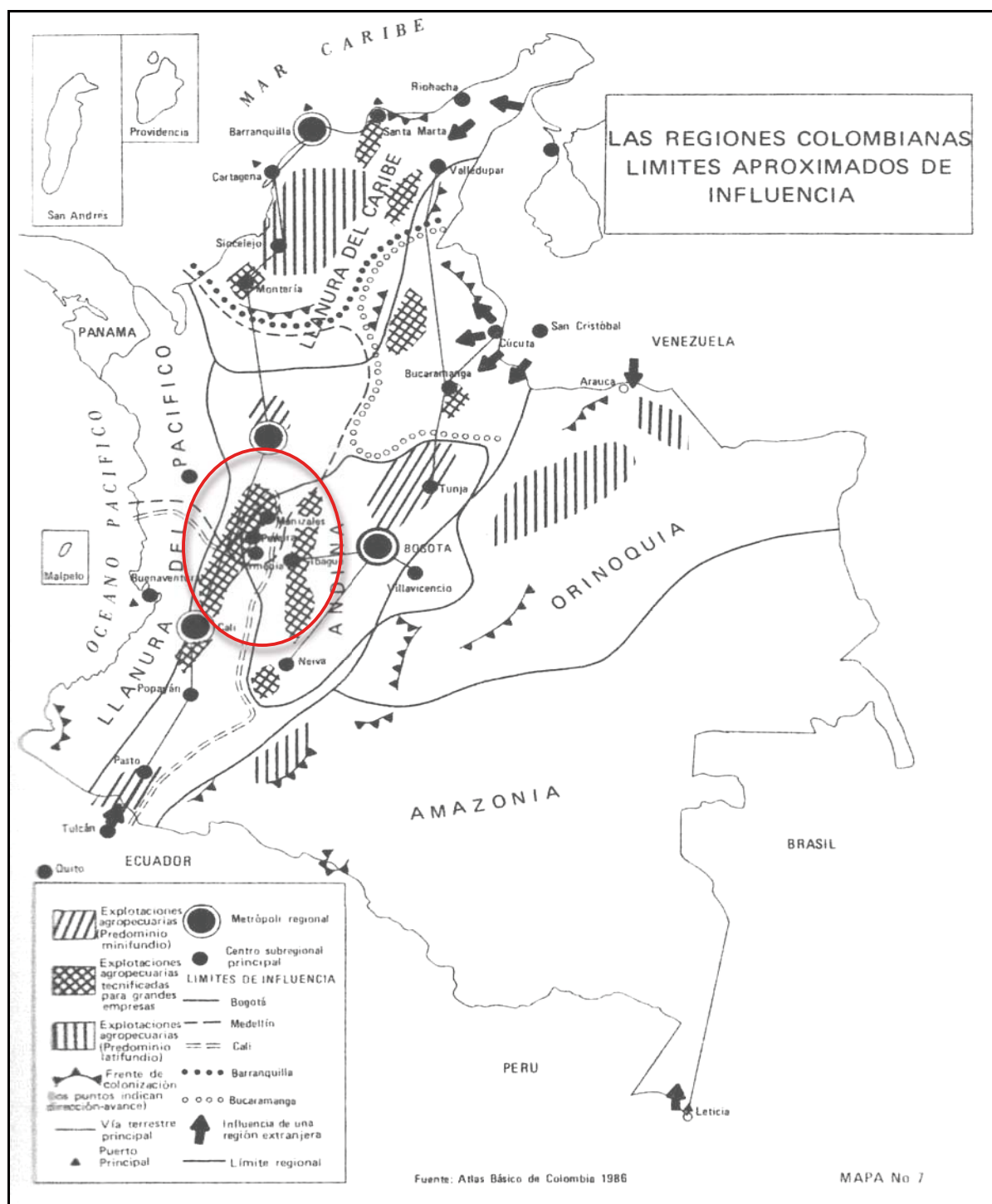
A pesar de que los primeros desarrollos en industrias manufactureras se habían iniciado desde 1925 en el municipio de Pereira, su contribución en el conjunto de la economía promediando el siglo XX era todavía marginal, si se considera el papel protagónico que tenía la reconversión empresarial y agro-industrial del café¹⁰, o sin más, las actividades comerciales de carácter informal. Esta situación pone de manifiesto la dificultad para aceptar las tesis oficiales que sitúan a la industrialización como principal factor explicativo del proceso migratorio campo-ciudad, soslayando así bajo el argumento simplista de la atracción que generan los puestos de trabajo en las factorías¹¹, al despojo agrario como elemento estructurante del crecimiento urbano.

Sin embargo, la importancia asignada a la industrialización como variable fundamental en el proceso de urbanización cobró fuerza por dos razones. La primera, porque desde la década de los cincuenta el Estado colombiano continuó fomentando la política de industrialización a través del impulso de polos de desarrollo regional. Dentro de esta estrategia, la región centro-occidental continuó perfilándose como un área especializada en la explotación tecnificada agroindustrial (Figura 11.2).

Precisamente, con la dedicación intensiva del espacio rural al monocultivo del café, prosiguió la expulsión de la población campesina y la concentración de la propiedad de la tierra en los nuevos empresarios cafeteros, los cuales instauraron el sistema de producción de la “revolución verde”, cambiando el sistema de cultivo del café arábica y borbón con sombrero (bosques de nogal, guadua y otros cultivos de subsistencia o pan coger) por la producción con café caturra. Este proceso, además de socavar el minifundio cafetero y de reducir las estrategias de subsistencia de los pobladores rurales, amplió la disolución de las relaciones tradicionales de producción agraria, en otras palabras, el campesino pasó de ser propietario de su finca a nuevo poblador de la ciudad en condición de “obrero” asalariado de las nuevas empresas agroindustriales, o aparcerero de los nuevos latifundios.

En segundo lugar, porque durante este período histórico se adelantó el proceso de relocalización industrial de compañías multinacionales en Latinoamérica, siendo Pereira y la región cafetera un área geográfica en donde confluían condiciones idóneas para lograr economías de escala en beneficio de estas empresas, al proliferar mano de obra barata y la presencia de infraestructuras de calidad para su operación, asumiendo conjuntamente las administraciones municipales los costos de la ampliación y mantenimiento de la malla vial, los servicios domiciliarios, entre otros aspectos.

Figura 11.2. Región centro-occidental de Colombia. Área geográfica de explotación agropecuaria tecnificada.



Fuente: IGAC, 1990.

A la par, esta nueva fase de industrialización en Pereira y el vecino municipio de Dosquebradas, estaba circunscrita al contexto geopolítico de la “guerra fría” y de definición de bloques económicos, situación que supuso un anclaje e inserción del país en la órbita del capitalismo, y en especial, del control norteamericano de América Latina. Por tal razón, se generó la presencia de inversiones de filiales transnacionales de Estados Unidos en el marco de la política de la “Alianza para el Progreso”, junto a otras compañías europeas.

Ciertamente, las inversiones transnacionales canalizaron sus esfuerzos hacia dos sectores de actuación preferentes, el área compuesta por las actividades económicas ya abiertas por emprendimientos locales y nacionales desde los años veinte, y otra de nueva creación, dirigida a desarrollar aquellos fragmentos de mercado que hasta el momento el empresariado local no había comenzado a explotar. Al actuar como filiales de empresas multinacionales, la estrategia operativa de estas firmas estuvo más dirigida a producir bienes diseñados en función de requerimientos definidos desde las casas matrices en los países de origen, que a difundir los beneficios de sus actividades en los lugares o municipios de radicación.

Ahora bien, en términos espaciales el cambio de orientación y dirección económica de la industrialización se tradujo en el carácter periférico de la localización de las nuevas plantas fabriles, asentadas en áreas que requerían menores inversiones iniciales para las compañías extranjeras debido al bajo precio del suelo, mientras que el sector público asumió los costos de construcción de los nuevos nexos de comunicación entre estos emplazamientos industriales en desarrollo y la ciudad, además de la ampliación de los servicios de transporte, circunstancia que a la postre dotó a los bordes urbanos de nuevas expectativas para la urbanización (Figura 11.3).

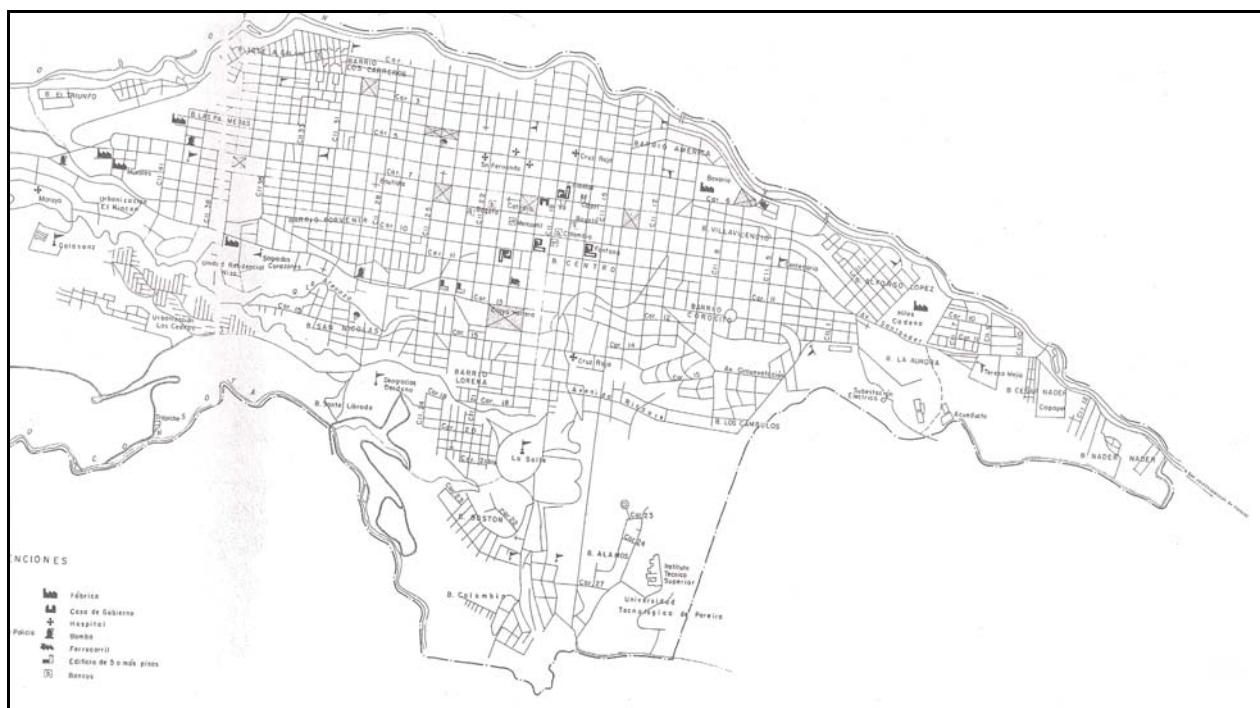
De hecho este aspecto fue determinante en la ocupación del margen oriental del río Otún y la proliferación en todo su valle aluvial de asentamientos de esfuerzo popular por toma de tierras o invasiones, en razón a la proximidad con las nuevas zonas industriales. Así pues, el crecimiento urbano asociado a la ampliación y demandas de espacio de las industrias multinacionales, superó la capacidad institucional para hacer frente a este panorama urbanístico, aunado a la dificultad que generó el control al crecimiento espontáneo de áreas populares.

A este tenor, la inserción y promoción de la industrialización multinacional tuvo entre sus efectos inmediatos, además de las ganancias obtenidas por los bajos costos de operación, el hecho de aprovechar la crisis de la manufactura local para adquirir con los capitales foráneos algunas empresas fundadas previamente por los agentes empresariales de la ciudad.

Sobre los efectos generados por la reanudación de la violencia y el éxodo rural en relación con el monopolio del capital privado en el desarrollo territorial bajo la coalescencia de los agentes locales de la burguesía agro-comercial cafetera y los inversionistas de las compañías multinacionales, se presenta a renglón seguido la explicación efectuada por el historiador Jaime Jaramillo Uribe (1963, 386):

“Pereira se convierte en una de las más importantes del país por su población, sus servicios y su desarrollo industrial. La agitada vida política de tales años en el occidente del Departamento y en la región del Quindío crea hacia ella un flujo permanente de inmigrantes. La ciudad recibió entonces una masa de población que algunos calculan en no menos de 50.000 personas. Para 1962 su población se calcula en más de 200.000 habitantes. Por el aumento demográfico se ha colocado a la cabeza de las ciudades del Departamento y por su desarrollo económico se disputa con la ciudad de Bucaramanga el quinto lugar entre las ciudades industriales del país”.

Figura 11.3. Pereira. Localización de actividades productivas y usos del suelo.



Fuente: DANE. 1983. P. 79.

En el marco de este ciclo de capitalismo industrial asociado a un modelo de desarrollo dependiente, se consolidan en Pereira una serie de fábricas modernas con inversionistas internacionales, aspecto que pone en evidencia la cesión progresiva de la participación y liderazgo del empresariado nacional en la diversificación de la economía local. Tal comportamiento responde a una política vertical de orden estatal, la cual es coordinada por el Instituto de Fomento Industrial –creado por medio del decreto 1157 de 1940 con el objetivo de promover la industrialización del país y convertida por la ley 16 de 1963 en corporación financiera de capital nacional-.

En particular, muchas de las empresas creadas bajo la iniciativa y la financiación estatal fueron posteriormente entregadas al capital privado nacional y extranjero¹². A continuación se expone en el cuadro 11.4, las diferentes compañías constituidas durante esta fase de industrialización vía inversión multinacional, junto a las empresas locales existentes entre 1950 y 1970.

Cuadro 11.4. Operación de empresas multinacionales y nacionales. 1950-1970.

Empresas multinacionales	Empresas nacionales
<p>En 1948 inversionistas franceses asociados a capitales locales inician la fabricación de paños al fundar la Compañía de Tejidos de Lana S.A., con un capital inicial de 1.500.000 pesos. Comienza a producir en 1950.</p> <p>Después se constituiría como Paños Omnes, con ampliación de inversionistas norteamericanos y panameños.</p>	<p>Mientras muchos inversionistas extranjeros sitúan sus capitales en Pereira y fomentan la gran industria, el capital nativo ha hecho grandes progresos y esfuerzos. A la cabeza de estas industrias auténticamente nacionales, está la de confecciones, industria precursora del creciente desarrollo industrial de Pereira.</p>
<p>Un años más tarde inversionistas americanos del grupo Grace, con un capital de 4.000.000 comienzan la producción de galletas y confitería a gran escala en su fábrica de Comestibles La Rosa. Para 1963, ocupaba más de 500 obreros y se encontraba en pleno proceso de ensanches.</p> <p>Esta empresa complementaría su capital con inversiones provenientes de la multinacional Suiza Nestlé.</p>	<p>En este ciclo se ha ampliado con numerosas pequeñas fábricas la industria metálica y la textil. También la producción de cueros, bebidas, gaseosas, materiales de construcción, espejos, envases de papel, leches pasteurizadas, y muchos artículos más de consumo vieron acrecentada su producción debido al establecimientos de nuevas plantas fabriles, mientras que las antiguas verifican ensanches.</p>
<p>En 1952 inversionistas ingleses fundan la Fábrica de Hilos Cadena, con capital de cuatro millones. Posteriormente, tomaría el nombre de la casa matriz Coats "Cadena".</p>	<p>Según estadísticas de la Asociación Nacional de Industriales-ANDI, la ciudad tenía en 1962, 289 establecimientos industriales que ocupaban 7.865 obreros¹³, en comparación con el año de 1953 cuando sus industrias empleaban 3.553 trabajadores.</p>
<p>En 1960, se inicia la construcción de una planta productora de papel y una ensambladora de pequeños automotores.</p> <p>La producción papelera desarrollada por Papeles Nacionales tenía un porcentaje de capital canadiense de 92 %. Por otra parte, Colpapel con origen de capital estadounidense era manejado por la casa matriz Kimberly Clark Corporation.</p>	<p>Este período se ha caracterizado también por los ensayos y búsquedas de nuevos campos de inversión y trabajo. Al lado de los éxitos también han abundado los fracasos. Un centenar de empresas han cerrado a pocos meses de iniciadas por deficiencias de capital, inadecuada proyección, falta de mano de obra, de materias primas o mercado. Tal ocurrió con los intentos hechos para fabricar alimentos de cereales, productos tánicos y con otros ensayos de industrias químicas y alimenticias.</p>
<p>Valher, empresa textil producto de un emprendimiento local, fue adquirida (1969) en un 51% por la compañía Sara International de origen estadounidense.</p>	<p>El Ingenio Risaralda lo han encauzado en su beneficio los grandes caficultores del departamento. Esta empresa agroindustrial tiene una participación accionaria de la Federación Nacional de Cafeteros del 43%.</p>

Fuente: Jaramillo U. J. P. 394, 395; Arango O. 1989. P. 38; Silva C. J. 1977, 293.

En suma, se identifican como sectores productivos estratégicos para la inversión multinacional a las empresas de alimentos, textiles, prendas de vestir e insumos industriales para la construcción -compañías de hilos, paños, galletas, papeles, confecciones y productos metálicos-. Según Jaramillo (1963, 386) la ciudad llega a ocupar en este período un puesto destacado en el desarrollo industrial nacional; al poseer 10 fábricas de mediano y gran tamaño, y cerca de 800 talleres que ocupan alrededor de 10.000 obreros.

3. CONSOLIDACIÓN DEL ENSANCHE Y PRIMER CRECIMIENTO EXTRARRADIO.

El desarrollo urbano acelerado, incontrolado y totalmente deformado de la ciudad de Pereira durante la época de la violencia, está ligado a la transferencia y acumulación demográfica de los desposeídos por la contrarreforma agraria operada en la región cafetera del centro-occidente colombiano. Por esta razón, más que la atracción que generaban las modernas actividades productivas urbanas, lo que impulso la llegada masiva de población fue la presión económica del sistema agroindustrial latifundista sobre el conglomerado minifundista, como también la expulsión rural al estallar la guerra agraria en las vertientes, laderas y lomeríos donde habitaban los campesinos de la zona.

De ahí que al ser los pequeños propietarios despojados y/o expropiados de sus parcelas, se vieron abocados a la inminente recomposición de sus proyectos de vida familiar en calidad de refugiados en la cabecera municipal. Este escenario posibilitó un saldo favorable para las élites locales, al percibir nuevas plusvalías de la venta de extensos terrenos periurbanos a los desplazados por el hambre o la violencia, como también para la localización de naves industriales de empresas multinacionales. De esta forma, se cierra un ciclo virtuoso de doble rentabilidad, por un lado, en razón a la apropiación del suelo rural dedicado al lucrativo agro-negocio cafetero, y de otro, con la especulación en el área urbana de lotes para los “inmigrantes” o espacios para la producción industrial¹⁴.

Esta dinámica forzada de distribución rural-urbana de la población se inscribe en la histórica lucha de clases por la tierra entre la oligarquía y los marginados del proyecto elitista de nación, de modo que tras el zarpazo dado a la conquista territorial y económica del campesinado cafetero, se produce una nueva fase de colonización popular, pero en esta ocasión en dirección inversa, o sea, hacia la periferia urbana. Sobre este fenómeno que identifica a la etapa moderna de la urbanización en Colombia, el arquitecto Jacques Aprile-Gnisset (1992, 558) advierte lo siguiente:

“Con la guerra rural y la crisis que afecta a partir de 1946 a la gran empresa popular de la colonización agraria, se inicia su sustitución por medio de la colonización urbana: se pasa de la colonización de baldíos a la de los ejidos. Las tierras baldías de la nación, las ejidales de cabildo, todas son públicas, del “común”; así se comprueba cómo ambos procesos y fenómenos colonizadores van estrechamente ligados y correlacionados: el ocaso del primero auspicia el surgimiento del segundo. Concretamente, lo que se plantea aquí es el nexa histórico y dialéctico entre la colonización agraria y la urbana, siendo esta última un rasgo característico de la fase moderna de la urbanización. En pocas palabras, las tierras que circundaban al poblado, consideradas como “inconstructibles”, subutilizadas y despreciadas se integran a la urbe moderna por medio de un verdadero proceso de colonización urbana popular, en el cual se observan muchos rasgos típicos de la colonización agraria del periodo anterior”.

Por lo que sigue, se puede afirmar que ante la descomposición de las estructuras sociales y productivas agrarias tradicionales o artesanales en el marco del modelo capitalista de desarrollo dependiente, se desencadenó una movilización de la “sobrepoblación relativa” del campo –sin eufemismos, los no incorporados como aparceros asalariados al sistema excluyente y monopolista agroindustrial- hacia la ciudad, generando como resultado la configuración de fragmentos urbanos de carácter espontáneo orientados a la subsistencia de los despojados del espacio rural. Dicho de otro modo, esta urbanización “salvaje” en contextos de dependencia, como lo afirmó Manuel Castells¹⁵, es producida por la acumulación exacerbada de segmentos de población “sobrante” debido a su exclusión de la cadena de producción y reproducción constante del capital.

En este orden de ideas, la población campesina “residual” -desde la perspectiva del modelo de desarrollo hegemónico-, mediante procesos de organización comunitaria y resistencia por la vida, avanza a partir del trabajo colectivo en el restablecimiento del tejido social y habitacional perdido. Ya sea a través de tomas, ocupaciones e invasiones de terrenos, o accediendo a ofertas promovidas por urbanizadores piratas, los desplazados del campo continúan por la senda ya transitada en épocas anteriores alrededor de la reconstrucción del proyecto de vida familiar y asociativo, actitud que cimentó el éxito de la lucha por la conquista finisecular de baldíos de vertiente.

Así pues, se incorpora una nueva categoría explicativa del proceso de urbanización moderna, como es la *colonización urbana de esfuerzo popular*, en contraste con la peyorativa definición de “subnormalidad e ilegalidad”, con los cuales son calificados estos asentamientos humanos en ciertos trabajos técnicos de la planificación territorial y gestión urbana estatal. En definitiva, como lo plantea Aprile-Gnisset (1992, 557) la característica de este proceso de “crecimiento urbano sin urbanización” es la configuración desarticulada de piezas territoriales principalmente populares y espontáneas producidos a través del aporte colectivo de los desplazados por la violencia o la pobreza agraria –sobre los cuales recae una gran deuda histórica-, y de otro lado, la ciudad promovida por los agentes privados, el sector financiero y la especulación:

“Este período nos legó un pesado pasivo: montones de cuartos, de casas y calles que ya no son pueblos, pero que aún distan mucho de ser ciudades; una ciudad descuartizada, esparcida, con sus numerosos trozos botados en la geografía; pero una suma de cuartos, montones de casitas y kilómetros de calles no conforman más que un simulacro de ciudad; una ciudad, por lo demás, sin memoria ni recuerdos, sin historia ni quién se interese en adueñarse de su pasado; sin olor, ni sabor, tan insípida como amnésica. Una ciudad rudimentaria y meramente utilitaria, ignorando la creación plástica, sin más estatuas que los bustos de dudosos “patricios” y próceres. Una amalgama que no pasa de ser una proto-ciudad.

No se sabe si la oligarquía es más hipócrita o ciega, cuando decreta a Pereira “La Perla del Otún”(…). Tardarán muchos años antes de llegar a su estabilización y otro tanto para sanear sus llagas y volverse bella y grata; resucitando un simulacro de vivienda por medio de la autoconstrucción individual o de unos “lotes con servicios”, que nos devuelven al rotundo fracaso de los años 1958-1960 (...). Además, el nuevo sector financiero y de la construcción surgió del atraso y se quedó raquítico, no se atreve al reto, a los desafíos peligrosos, pero novedosos y progresistas. Inculto y de absoluto pragmatismo, sólo se dedica a reproducir las recetas sin peligros: sigue con la inmedatista rapiña periférica horizontal y expansiva, la cual enriquece sin riesgos de la noche a la mañana; pero es incapaz de arriesgarse a enfrentar las complejas labores de renovación de áreas centrales”.

Esta ciudad con ambición de modernidad, no surge de la aplicación del ideario técnico del zoning, el funcionalismo o el urbanismo moderno, es por el contrario, resultado de la metástasis de los conflictos sociales que se originaron en el campo con el despojo, la violencia y el desprecio hacia la base trabajadora campesina por parte de la oligarquía nacional, siendo trasladada a la ciudad en forma de lucha de clases, aunque también es la expresión de la permanente defensa de la vida, la reconstrucción de la familia, la resistencia a la exclusión y el anhelo de los conglomerados populares por el respeto a la dignidad humana.

Por otro lado, el Estado después de los recurrentes fracasos para superar el problema agrario dado el bloqueo y claudicación para acometer la reforma agraria¹⁶, se encuentra nuevamente inerte ante el desafío de enfrentar un proceso de urbanización que desborda su limitada capacidad para solucionar las múltiples contradicciones que emanan de este hecho urbano, en el cual la institucionalidad estatal y la élite política en el poder tiene una amplia responsabilidad en las causas de su configuración.

En cualquier caso, el papel del Estado se circunscribió a la apuesta por abrir alternativas crediticias para responder a la demanda de vivienda; de este proceso se fortalecen el Instituto de Crédito Territorial-ICT, la Caja de Vivienda Militar y el Banco Central Hipotecario. Ahora bien, pese al impulso que se le dio al ICT, es importante mencionar que durante esta fase desapareció de manera temporal, cuando se fusionó con la Corporación de Servicios Públicos; reapareció luego en 1957, después del derrocamiento del gobierno militar en cabeza de Gustavo Rojas Pinilla¹⁷.

A escala local, aunque se institucionaliza la Oficina de Planeación Municipal en 1953¹⁸ y se realiza en 1956 el primer plan piloto del municipio de Pereira por la firma Ardeco, éste no llegó a ejecutarse ya que no existía un soporte jurídico que lo respaldara. Luego, en 1961, comienza a funcionar en Pereira la primera oficina del Instituto de Crédito Territorial, cumpliendo el oficio de apoyar la financiación y construcción de viviendas para estratos populares.

La ciudad dual: Entre la especulación privada y la construcción espontánea del hábitat popular.

La confluencia en Pereira de dos dinámicas contrapuestas pero articuladas, como son, el ser uno de los principales centros de recepción regional de población refugiada, al igual que constituirse en área focal de una élite agro-empresarial, comerciante e industrial, imprimió a la ciudad una espacialidad que fluctua entre el predominio de un desarrollo espontáneo y la irrupción de tejidos barriales construidos bajo la influencia de capitales especulativos privados. En este sentido, se presentan como zonas de producción social del espacio popular, el segundo anillo perimetral del ensanche urbano y el polo satelital o crecimiento extrarradio en la

antigua Hacienda Cuba. Por otra parte, el proyecto de diferenciación de la exigua élite local se localizó en el vértice suroriental colindante a la Hacienda La Julita, el cerro Canceles y el frente de expansión definido por el trazado de la avenida Circunvalar.

Dentro del área de consolidación del ensanche ortogonal o área de expansión del tejido reticular original en la década del cincuenta, se reconocen como barrios populares a los Planes de Vivienda y de invasión construidos por la propia comunidad, a saber: Al norte los barrios El Progreso, José Antonio Galán, La Esperanza, Primero de Mayo, Remigio Antonio Cañarte, Risaralda, Salazar Robledo, San Jorge, San Juan, Sea y Santa Teresita; al Occidente, las invasiones Turín y Venecia, junto a los Planes de Vivienda Los Periodistas y La Palmera, y las urbanizaciones del ITC- Primero de Febrero y de diversos constructores privados, como son el Porvenir (Ricardo Ramírez), San Esteban, entre otros. Al oriente, se constituyeron diferentes Planes de Vivienda e invasiones, como son los barrios Alfonso López, El Pizamo, Ormazá, San Francisco, Santander, Simón Bolívar, Charco Negro, Arboleda del Río, Chico Restrepo, La Rivera; y al sur del ensanche, el área de influencia de la Avenida 30 de Agosto con los barrios de invasión Brasilia, Nuevo México, La Dulcera, y por otro lado Maraya, construido por un urbanizador privado para estratos medio-altos (Figura 11.4).

En cuanto al desarrollo del crecimiento extrarradio o expansión urbana en el contexto de la violencia, se identifica la construcción de nuevos asentamientos desligados del tejido tradicional, como son los barrios Cuba y San Fernando al occidente, los cuales con el tiempo se convertirían por su desarrollo progresivo en una de las áreas con mayor crecimiento de la ciudad. La construcción de la ciudadela de Cuba fue promovida en sus inicios por el señor Emilio Vallejo Restrepo en asocio con el Instituto de Crédito Territorial (ICT), contando con una extensión de 220 hectáreas y 1300 soluciones de vivienda bajo el sistema de “autoconstrucción” que se estaba implementado en el momento en varios sectores de la ciudad.

Este acelerado proceso de urbanización y la falta de normativas e instrumentos de planificación urbana generaron un conjunto de problemas, como fueron la insuficiencia de la estructura vial, conflictos en el sistema de transporte, nuevas demandas de servicios domiciliarios y equipamientos colectivos. Asimismo, la aparición de grandes vacíos urbanos entre centro tradicional, el ensanche urbano consolidado y los nuevos barrios de expansión, produjeron un incremento de los precios del suelo debido a procesos de especulación, los cuales dificultaron y retardaron su desarrollo. Entre los asentamientos periféricos atomizados de la estructura tradicional, se presentaron diversas tipologías morfológicas en sus tejidos urbanos, aunque en los barrios del ICT predominó la estructura de damero.

Se construyen también en dirección sur-oriental y alejados del centro tradicional, algunos barrios obreros y de clase media gestionados por el Instituto de Crédito Territorial y constructores privados, como son Centenario, Providencia, Ciudad Jardín, Boston, El Vergel, San Luis Gonzaga, entre otros. A la par, se refuerza la tendencia de suburbanización sur-oriental de la clase alta, extendiéndose su cuenca residencial hacia las antiguas haciendas cafeteras La Julia y la Julita, siendo el barrio Los Álamos el sector residencial más representativo de la élite local para la época (Anexo 9).

Decisivamente, con la expansión del ensanche urbano o centro tradicional ampliado y el desarrollo de núcleos satelitales en Cuba y el sur-oriente del municipio se dio inicio a la configuración de una ciudad fragmentada, con las siguientes características en su morfología urbana y diferenciación socio-espacial (cuadro 11.5 y figuras 11.4; 11.5).

Cuadro 11.5. Pereira. Fases de crecimiento, morfología urbana y diferenciación socio-espacial. 1950-1970.

Fase de crecimiento	Morfología urbana-características generales	Diferenciación socio-espacial ¹⁹
Consolidación ensanche urbano	Crecimiento hacia el norte, a lo largo de la ribera del río Otún, por ejemplo en los barrios Santa Teresita y América el tejido reticular empieza a tener variaciones debido a la fisiografía del valle aluvial, transformándose en manzanas rectangulares que presentan curvas en su costado norte.	Primera zona (centro): Plaza de Bolívar y alrededores. Allí se ha concentrado la Banca, la Administración civil y religiosa y el gran comercio. Está comprendida entre las carreras 5 a 10 y calles 15 a 23.
	Hacia el Occidente, la trama urbana se extiende y presenta variaciones del damero original debido a la topografía del terreno que obliga a separar la manzana cuadrada a la mitad, dando paso al concepto de “Bis” y de manzana rectangular de menor tamaño.	Segunda zona: Se mezclan comercio y residencias. Conflictos sociales y delincuencia son las características de esta parte de la ciudad. De esta zona son referencia, la estación del ferrocarril, la plaza de mercado y el parque de la Libertad.
	En el barrio El Río, las residencias son en principio una solución provisional y rápida al problema de la vivienda: cimientos de guadua que dan impresión de casas flotantes. La primera guadua se apoya en el barranco, y la última, en el agua o en las piedras enormes que se ven el cauce.	Tercera zona: Barrios obreros como el Primero de Mayo, Mejía Robledo, etc. Entre esta zona y la siguiente, existe en Pereira un sector especial, denominado “zona de tolerancia o barrio malo” al ser La Palmera reconocido por la prostitución.
Crecimiento extrarradio	El barrio Alfonso López fue planeado por el Instituto de Crédito Territorial (1957). Topográficamente se ubica en un plano inclinado que va desde la margen izquierda del río Otún hasta la fábrica Hilos Cadena. Comprende este barrio un grupo de 250 casas de buen material y buen diseño, algunas de ellas no terminadas.	Cuarta zona: Es un área de residencia de la clase media y media-alta. Para estos años corresponde a los barrios Popular Modelo, Bavaria y Maraya.
	El barrio Cuba se localizó en terrenos de la Hacienda que tenía el mismo nombre- en la parte sur-occidental de la ciudad y a 7 kilómetros del centro. La construcción de las viviendas se hizo por medio del esfuerzo de sus propios habitantes y con la asesoría técnica del Instituto de Crédito Territorial, quien vendió los lotes y prestó el dinero para la adquisición de los materiales de construcción ²⁰ .	Quinta zona: Área de “Quintas”. Habitada por la élite agro-empresarial, comerciante e industrial que han abandonado la primera zona trasladándose a esta área suburbana. Es la residencia de lujo que goza a la vez de las cualidades del campo y la ciudad. Se encuentran allí los barrios de la avenida Circunvalar, La Julia y Los Álamos.
	Los asentamientos de crecimiento extrarradio del área sur-oriental como son los barrios obreros el Vergel, San Luis,	Sexta zona: Formada por los planes de vivienda-tomas de terrenos e invasiones. Es un área de conflictos sociales y de personas

Boston, entre otros, presentaron la misma problemática del barrio Cuba por su localización extrarradio.

no asimiladas a la economía formal. Se encuentran allí los barrios El Río, San Judas, Cuba, La Dulcera. Con el tiempo, sus habitantes son propietarios de la edificación, pero no del terreno, lo que hace de estos asentamientos *barrio piratas*.

Fuente: Calle R. A. 1964. P.15-23.

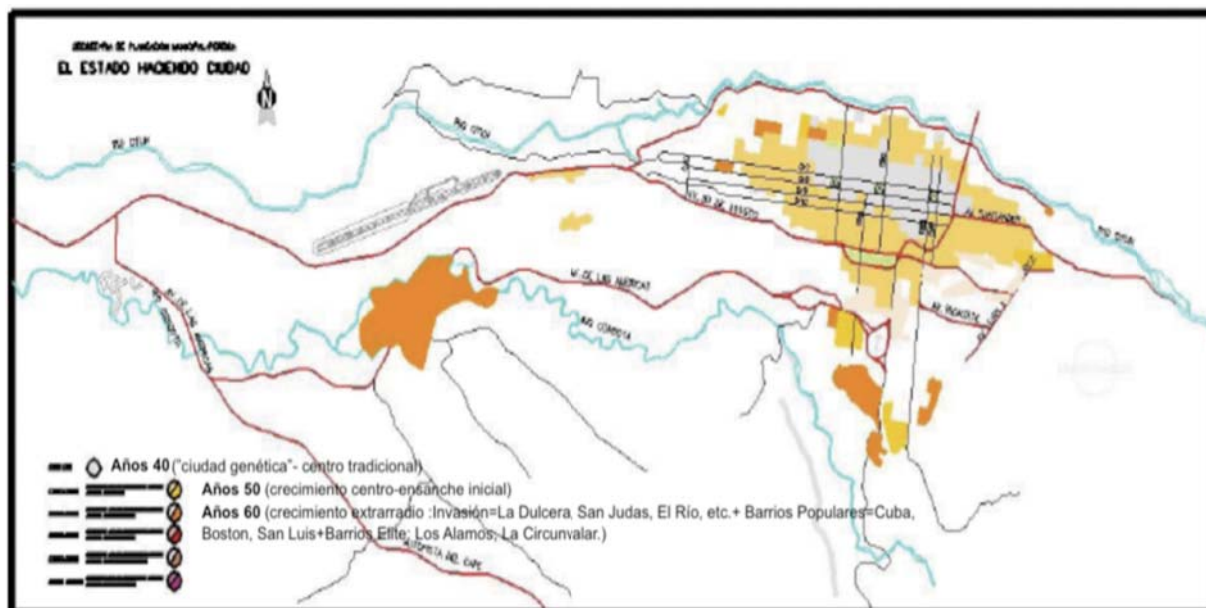
Por otra parte, es importante a modo de epílogo señalar que Pereira en los años cincuenta o período de intensa violencia, creció a un ritmo mayor de lo que la capacidad de su infraestructura lo permitía e incrementó 104% su área de expansión (pasó de 180 a 367 hectáreas). A partir de este momento se inició la apropiación informal de áreas expuestas a diversas amenazas de inundación o movimientos en masa, como por ejemplo en las laderas denudativas y cuencas coluvio-aluviales del río Otún y de la quebrada el Oso en el barrio Cuba. Otras zonas de carácter informal fueron la ocupación espontánea de la Galería o Plaza de Mercado y la periferia del centro consolidado o ensanche urbano. La fuerte migración hacia la ciudad, aunado a la poca oferta de vivienda derivó en que a principios de la década de los sesenta se presentara un alto índice de hacinamiento (6,11 habitantes/vivienda), evidenciando un déficit estimado en 10.000 viviendas²¹.

Haciendo mención del análisis expuesto por el arquitecto urbanista Carlos Alberto Torres, profesor de la Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá, en su obra *La ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente* (2011, 242) en relación con el crecimiento urbano de carácter informal en Pereira, se destaca que:

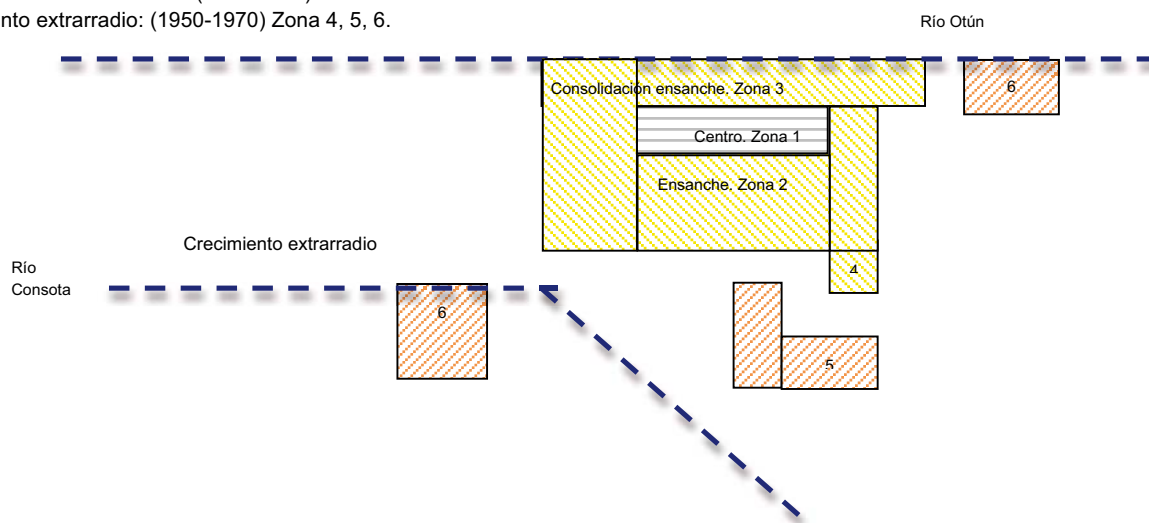
“El ICT actuó en este período como el principal promotor de la construcción de vivienda y de la expansión de la ciudad con la creación de barrios que, como el caso de Cuba, estaban fuera de los sectores consolidados y densificados. Esta entidad llegó a tener un papel decisivo en la urbanización de la ciudad en las siguientes tres décadas por “su inferencia en la construcción y desarrollo de dos terceras partes de la totalidad de viviendas existentes en Pereira (Lleras Restrepo, 1980). La falta de una planificación oportuna se empezó a notar en el desarrollo de la ciudad, el Plan Piloto de 1967 anota que “las urbanizaciones de diez años anteriores a esta parte han dispersado la ciudad en núcleos urbanos aislados (en especial las urbanizaciones del ICT) con las consiguientes dificultades de conexión de transporte con los centros principales y los altos costos del suministro de servicios públicos” (Parga y Cardona, 2005). Este Plan Piloto fue rechazado por el concejo municipal y la ciudad continuó creciendo sin un ordenamiento integral del territorio”.

En conclusión, el proceso de urbanización de Pereira para esta época se caracteriza por la consolidación del ensanche urbano alrededor del centro tradicional y el inicio del crecimiento extrarradio, configurándose así una ciudad dual o con dos polos residenciales claramente establecidos. En efecto, la ciudad genética tuvo una expansión perimetral entre 1930-1960, y luego, para la década del sesenta se desarrolla en dirección occidental el sector de Cuba, un barrio popular alejado del centro de la ciudad, siendo éste el epicentro receptor de la población desterrada por la guerra rural y el modelo agro-industrial cafetero.

Figura 11.5. Fases de crecimiento de Pereira. Diferenciación socio-espacial, 1950-1970.



Centro tradicional - Ciudad compacta (1863-1930): Zona 1.
 Ensanche: (1930-1950) Zona 2.
 Consolidación del ensanche: (1950-1970) Zona 3.
 Crecimiento extrarradio: (1950-1970) Zona 4, 5, 6.

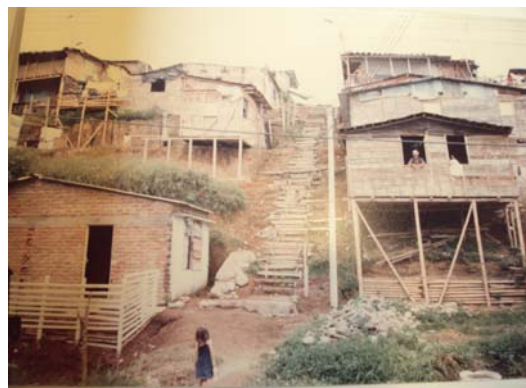


Fuente: Elaboración propia a partir de Alcaldía de Pereira. Secretaría de Planeación Municipal. 2000.

La otra zona de crecimiento extrarradio se ubicó en el sur-oriente de Pereira. En ella se construyeron diferentes barrios obreros que respondían a la estrategia de autoconstrucción de vivienda impulsada por el Instituto de Crédito Territorial-ICT. Sin lugar a dudas, el propósito de desarrollar esta expansión a través de la acción de entidades estatales en áreas alejadas de la ciudad, respondía al bajo costo del suelo en lugares no valorizados por la inversión privada, además de amortiguar la expansión desbordada de los asentamientos de emergencia después

de diversas tomas de tierra en la cuenca del río Otún y Cuba. Es así como la producción espontánea de vivienda con la autoconstrucción y el desarrollo progresivo fueron los únicos mecanismo utilizados por el Estado para tratar de mitigar el déficit de vivienda para los desterrados y las clases populares (Figura 11.6).

Figura 11.6. Pereira. Diferenciación socio-espacial, 1950-1970. Áreas de esfuerzo popular en la periferia urbana vr. Área de élite barrio los Alamos.



Fuente: Elaboración propia y CARDER, 1991.

Finalmente, empresas constructoras y urbanizadores privados posicionaron un mercado promisorio en alza, como fue el desarrollo suburbano de casas unifamiliares heterogéneas para la burguesía agro-comercial e industrial. En esta actividad de la construcción para el mercado formal de la vivienda de élite, se invirtieron los capitales provenientes del monopolio cafetero, recirculando las plusvalías obtenidas de la intermediación comercial con las casas matrices de alimentos norteamericanas.

NOTAS CAPÍTULO 11

¹ Cabe mencionar, a manera de ejemplo, la siguiente historia de vida de pobladores campesinos que fueron objeto de la violencia, siendo éstos, convencidos por sus propios verdugos, las víctimas desprevenidas y doblemente engañadas, transmitiendo frecuentemente la explicación oficial: “Tenemos aquí un ejemplo entre mil (no es excepcional, es un caso corriente), nos relata la hija de un antiguo agricultor de El Líbano (Tolima). Dejando de lado lo anecdótico, se pueden resumir esquemáticamente los mecanismos del despojo de la manera siguiente: La familia vive en la cabecera, explotando en una vereda una finca ganadera de unas 300 hectáreas. Iniciación de la persecución contra el padre por parte de adversarios políticos; utilización directa de la violencia como método de persuasión; huida del padre; éxodo de la familia completa, traslado e instalación provisional en Armero, llegada e instalación definitiva en Bogotá; venta forzosa de la finca a un oficial del Ejército; epílogo: conversión de la propiedad ganadera en hacienda cafetera”. Citado por. Urbano Campo, 1977, p. 44.

² Juan Lozano y Lozano. “Prólogo” a *las Guerrillas del llano*, por Eduardo Franco Isaza. Bogotá. 1954. P. 4. En: Fals B. O. Et. al. 2010, p. 57.

³ *Ibid.* P. 57.

⁴ Fueron afectados los siguientes sitios principales, además de las márgenes del río Magdalena: Anserma, Apía, Armenia, Balboa, La Celia, Belalcázar, Belén de Umbria, Calarcá (Córdoba), Circasia, Filandia, Génova, Guática, La Dorada, Marmato, Marquetalia, Marsella, Mistrato, Montenegro, Pijao, Pueblo Rico, Quimbaya, Quinchía, Riosucio, Risaralda, Salento, Santuario, Supía.

⁵ En uso de las facultades extraordinarias que le concedió la ley 45 de 1940, el presidente Eduardo Santos expidió el decreto 2078 de Noviembre del mismo año por medio del cual se estableció un impuesto sobre las divisas y se creó el Fondo Nacional del Café. Por contrato el 11 de Diciembre de 1940 entre el Gobierno Nacional, representado por los ministros de Hacienda y Crédito Público y de la Economía Nacional, Carlos Lleras Restrepo y Miguel López Pumarejo, y la Federación de Cafeteros, representada por su subgerente Eusebio Cortés Gregory, el anterior Fondo fue entregado en administración a la entidad gremial, dándose la circunstancia que impuestos nacionales son recaudados e invertidos por una entidad privada. En los años transcurridos este Fondo ha acumulado una suma multimillonaria y ha sido la base sobre la cual se ha erigido un poderoso grupo financiero, que aunque constituido con dineros públicos, es manejado por la dirección de la Federación de Cafeteros. Citado con base en: Silva C. J. 1977. P. 291.

⁶ Citado con base en: Urbano C. 1977. P. 46.

⁷ A escala nacional se registraron alrededor de 250.000 personas que huían por la violencia establecida en las zonas cafeteras de Colombia. Citado con base en: *Ibid.* P. 48.

⁸ Estimación propia de la migración neta por el método residual. $Pob. Final (188.365) - Pob. Inicial (115.342) = 72.023$ y $Bi (nacimientos: 97.751) - Di (Defunciones: 32.600) = 65.151$; de manera que $Mi = 6.872$ habitantes.

⁹ El proceso de urbanización en Colombia durante la época de la violencia, no se puede comparar ni en la intensidad, ni en la modalidad con otros países de la región. El cruce y la “superposición” de datos provenientes de varias fuentes indican que el traslado de población rural, entre 1954 y 1965, afectó a por lo menos tres millones de campesinos y a otros habitantes de áreas rurales, para no hablar de algunos 300.000 que no tuvieron tiempo de huir. Asimismo, se presenta una curiosa coincidencia y paralelismo entre la dinámica demográfica y los indicadores económicos: si hasta los años cuarenta la población urbana crecía –en forma general– a una tasa anual del 3%, en la década del cincuenta subió al 6%. En cuanto al crecimiento del producto interno bruto, no pasaba de un 3.5% anual hacia 1945, llegando a 6.6% anual entre 1950 y 1955. Citado con base en: Aprile-G. J. 1992. P. 554

¹⁰ Primero, disminuciones relativas apreciables en los obreros y jornaleros, y en los patronos. Aunque ésta es una característica que en el país responde al patrón de desarrollo capitalista dependiente, en nuestro caso significa específicamente que la actividad industrial y las explotaciones agropecuarias manejadas a la manera capitalista a la vez que crecen muy lentamente, lo hacen sobre la base de aumentar su productividad promedio dando prelación al capital constante sobre el capital variable. Pero esta relativa disminución también se explica por el negativo efecto que para el empleo han traído las sucesivas crisis industriales, lo mismo que por el saldo rojo o estancamiento encontrado al sumar y restar la constitución de nuevas sociedades industriales o agropecuarias y la disolución de antiguas empresas durante esos años. Además, desde la década de los años cincuenta hasta 1973, como máximo

los obreros y jornaleros en el Área Metropolitana representaron un tercio de la población total ocupada y sumaron 25.418 asalariados productivos. Citado con base en: Arango O. P. 1989. P. 19.

¹¹ Exceptuando las trilladoras de café, textiles, chocolates y cervezas, el sector industrial manufacturero está en manos del pequeño empresario, el artesano o la familia, con lo cual el número de puestos de trabajo aportados por estas actividades es reducido. Citado con base en: García, A. 1978. P. 454.

¹² Desde el principio esta institución ha tenido una decidida orientación de subsidiaridad ante el sector privado; ya sea con el montaje de empresas que entrega cuando son rentables, o con el suministro de materias primas esenciales, o con participación accionaria en empresas que requieren el apoyo estatal, o con el otorgamiento de cuantiosos créditos para el establecimiento de industrias nuevas o el ensanchamiento de las existentes. Citado a partir de: Colmenares S. J. 1977. P. 292.

¹³ ANDI. Industria, producción y venta. Bogotá, 1963. Vol. II, p. 31. Citado por: Jaramillo U. J. 1963. P. 394.

¹⁴ Véase Figura 11.3.

¹⁵ Castells M. 1974. P. 5.

¹⁶ Para la época se habían realizado dos intentos de adelantar la reforma agraria. La primera de ellas, bajo el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo en 1936, siendo bloqueada por la oposición de los terratenientes rurales. Luego, con la declaratoria de la Ley 135 de 1961, se intentó nuevamente su ejecución pero fue impedida nuevamente por las fuerzas retardatarias latifundistas. En esta Ley se habían enunciado diferentes elementos y criterios para la reestructuración de la tenencia de la tierra, el fomento de la producción y la productividad, elevación del bienestar de la población campesina, conservación de los recursos naturales y promoción de la organización campesina.

¹⁷ Otro hecho que es importante resaltar es el establecimiento del subsidio familiar de vivienda en el año de 1954. Citado por: INURBE, 1996. En: Ceballos R. O. 2008. P. 53.

¹⁸ Las funciones de ésta dependencia las realizaba antes la secretaría de Obras Públicas Municipal, como era la aprobación y control de los proyectos de construcción. Citado por: Vanegas, J. 2000. P. 20.

¹⁹ Véase Figura 11.8.

²⁰ Significa esto que hay un baño y un lavadero por cada 83 personas, y esto en caso de que permanezcan en perfecto buen estado, lo que no sucede. Los baños comunales han sido focos de infecciones por su estado de desaseo. No habiendo servicio de agua, tampoco existe el servicio sanitario. La disposición de las excretas se realiza en letrinas, en su mayoría no higiénicas. Algunos tramos del barrio gozan de alcantarillado pluvial; pero, en general, las aguas servidas van a solares y a calles indistintamente. Las calles en su totalidad estaban sin pavimentar, siendo ríos de lodo en periodos de lluvia y de polvo en tiempo seco. Finalmente, el desarrollo físico, las características culturales y las relaciones interpersonales hacen de este lugar más que un barrio una especie de pueblo satélite aunque con una dependencia absoluta del centro urbano de Pereira. Citado con base en: Calle R. A. 1964. P. 22, 23.

²¹ Citado con base en: Torres T. C. 2011. P. 242.